



■ Claudio Pérez

Pre/historia de la fotografía en Chile

# Y los dinosaurios ¿van a desaparecer?

■ por Cristián Labarca

Muy de tarde en tarde, los medios de comunicación se hacen cargo de la fotografía. No lo hacen por curiosidad, esa que supuestamente es inherente a todo periodista. Lo hacen, a lo sumo, burlados por el interés de solitarias individualidades que, tozudas y persuasivas, consiguen “meter un gol” a los editores de turno.

Los medios abren sus sólidas compuertas cuando se ven enfrentados a la visita ineludible de algún maestro internacional (Martín Chambi, Robert Doisneau, Sebastián Salgado, Henri Cartier-Bresson, Luis González Palma; algún espectáculo que alerte su voyerismo y morbo exacerbado (Cuerpos Pintados, Spencer Tunick, World Press Photo), o la organización de eventos estratégicamente “vendidos” a la prensa (Primer Mes de la Foto, Salón Nacional de Fotografía de Prensa, ese engendro comercial denominado Besarte y Foto América). Y cuando todas estas fortuitas eventualidades (que, hay que decirlo, comienzan a repetirse cada vez con mayor frecuencia) logran tomar por asalto a los difundidores masivos de la información, pues entonces, intentando captar la atención del televidente, auditor o lector tradicionalmente poco informado en la materia, los medios se apuran en anunciar la “primavera”, el “despertar” o el “boom” de la fotografía chilena. Pero no hay tal renacer, apenas un tímido florecimiento intermitente que tarda en dar frutos. La inercia, el estancamiento, la falta de proyectos concretos, sigue ganándole terreno a la creación.

Quizá se deba a que para renacer, primero hay que haber nacido... y muerto, por cierto. Sin pasado no hay futuro, ya se ha dicho. Existe un pasado, una prehistoria de la fotografía, de la cual aún no logramos salir. Existe algo llamado “la fotografía chilena”, en la medida que en el territorio denominado Chile han nacido y muerto individuos que se han forjado a sí mismos como fotógrafos, y han desarrollado un cuerpo colectivo de trabajo que, en mayor cantidad, se ha dado dentro de nuestras fronteras y su eje temático ha girado en torno a las preocupaciones del reino. Sin embargo, la totalidad de este relato épico ha sucedido, insisto, en la prehistoria.

Según el historiador brasileño Boris Kossoy, el proceso de revalorización de la fotografía se da recién en la segunda mitad del siglo XX. Alrededor de 1970 era muy reducida la bibliografía acerca de la historia de la fotografía mundial y el mercado de esta disciplina era, sólo en Estados Unidos, una incipiente realidad. Dice Kossoy que la forma en que se ha abordado el estudio de la historia de la fotografía se basa en modelos clásicos que enfatizan los aspectos

tecnológicos y los valores estéticos, no siempre analizando éstos “en sintonía con la realidad social, política, económica y cultural” y olvidando que “estética e ideología son componentes fluidos e indivisibles, implícitos en la representación fotográfica”. Dichos modelos, “repite hasta la exaltación los mismos nombres (y las mismas imágenes) como ejemplos de las diferentes categorías: retrato, documental, artística...”<sup>(1)</sup>.

Nombres... Ningún documento en Chile ha recogido, con el rigor y la metodología necesaria, más que nombres. ¿Un retratista? Luis Poirot. ¿Alguien que trabaje con emulsiones? Enrique Zamudio. ¿Quién hace desnudos? Claudio Bertoni. ¿La Diane Arbus chilena? Ahí está Paz Errázuriz. Víctor Mandujano, como “el crítico”. Miguel Ángel Larrea, como “el editor de fotografía periodística”. Elisa Díaz, como “la curadora”. ¿Un teórico? Gonzalo Leiva. Juan Domingo Marinello, como “el docente”. ¿Un coleccionista? José Luis Granese. ¿Alguien que coloree imágenes en blanco y negro?, Leonora Vicuña. ¿Quién se encarga del Patrimonio? Ilonka Csillag. ¿Quién de fotografiar paisajes? Pablo Valenzuela. ¿Y de las nuevas tecnologías? Francisco Veloso. ¿Un periodista que guste escribir de fotografía? Para servirle. Estas eran, hasta hace no mucho, las cartas seguras en cualquier seminario sobre fotografía chilena. El universo en torno no era mucho más amplio. Un par de escuelas, una galería que quería especializarse, y el negocio siempre abierto de Carmen Pérez. Si algo ha florecido la fotografía chilena con el paso de los años, la prueba está en que hoy existen, en algunas de estas “categorías” rápidamente esbozadas, nuevos nombres. ¿Será suficiente para la construcción de una historia de la fotografía chilena?

En su columna Fotosíntesis, de El Mercurio, Juan Domingo Marinello

ha demostrado que en Chile (y no sólo en Santiago) hay más fotógrafos de los que se conocen. Sin ir más lejos, el Foto Cine Club de Santiago montó, en septiembre de 1996, una exposición denominada “100 fotógrafos”, que incluyó nombres reconocibles como el de Álvaro Hoppe y Bob Borowicz, junto a varios otros menos difundidos. Pero tampoco son tantos, el árbol todavía acepta la poda, corriéndose el riesgo de construir la anhelada historia sobre la base de uno o dos maestros, un par de mitos no investigados responsablemente y una serie de aprendices en proceso. Y repetir sus nombres (como lo hemos hecho) hasta el cansancio.

Al hecho de que finalizada la primera mitad del siglo XX la fotografía continuara siendo la hermana menor de las artes, y a que apenas llegada a Chile, en 1840, fue capturada por la elite criolla como una herramienta útil a su proyecto de nación, podemos sumarle otros que, sin duda, ayudan a entender el porqué la fotografía chilena no supera aún su más tierna infancia y ha sido incapaz de recoger su propia historia en documentos escritos que la conserven.

Los pioneros de este medio de expresión son, en su abrumadora mayoría, fotógrafos viajeros de origen foráneo. Los primeros nativos en tomar una cámara no fueron otros que sus asistentes (generalmente de un nivel educacional muy pobre) o miembros de la burguesía que encontraron en la nueva “técnica” un hobby atrayente. Las primeras placas y películas fotográficas no fueron atesoradas, siempre, por personas conscientes del valor documental, patrimonial e histórico de su trabajo. El problema de la escasa valoración social que ha sufrido la fotografía se origina también en el uso que a ésta dan sus propios operarios, quienes no dudaron, muchas veces, en vender sus originales (parte de la memoria colectiva) “al por mayor”.

El subdesarrollo histórico de Latinoamérica es otra de las banderas esgrimidas con frecuencia como nuestro sino, pese a que países como Argentina, Brasil y México han dado muestras de lo contrario. Las dictaduras en la región no fueron ingenuas ante la labor de artistas críticos al statu quo. Sin embargo, es al estado de sitio por ellas instalado que, al menos en Chile, le debemos uno de los períodos más ricos en lo que a una fotografía periodística, denunciante y crítica, así como metafórica y provista de una mirada de autor, se refiere. Ello, claro, a costa de la censura, tanto en los medios de prensa escrita opositores al régimen como en el propio Museo de Bellas Artes, en 1984; el secuestro, la tortura (como le ocurriera a Luis Navarro, del Boletín Solidaridad) y la muerte de fotógrafos (cuyo caso emblemático es el joven Rodrigo Rojas Denegri, quemado vivo en 1986).

Lo que vino después del miedo y la muerte, que paradójicamente trajo consigo brotes de entusiasmo creativo y experimentación, fue nuevamente el letargo. “En palabras de Barthes –escribió la periodista Claudia Donoso–, la fotografía de estos años ha trabajado bastante con el studium pero tal vez no se ha preocupado demasiado por el punctum. Esto ha producido cierta distorsión en el camino de

liberación del ojo propio, a favor de una trampa retórica: demasiadas imágenes de pacos apaleando civiles, mucho carro lanza agua desahogado, exceso de niños y madres sufrientes en ollas comunes, pérdida de intensidad de tanto puño levantado desafiando al fascismo”<sup>(2)</sup>. Pocos lograron escapar a la inercia y al acostumbramiento.

Si en los '70 la escuela Foto Arte fue pionera absoluta, los '80 trajeron consigo los aires épicos que advirtieron a los empresarios del negocio en que se podían convertir las escuelas de fotografía. Fotoforum, Arcos y Alpes invitaron a los fotógrafos “de batalla” en que se habían convertido algunos de los miembros de la Asociación de Fotógrafos Independientes (AFI), a transmitir sus conocimientos a las nuevas generaciones. Con nula o escasa pedagogía, en la mayoría de los casos, pero mucho humus acumulado, los flamantes profesores de fotografía se lanzaron a la aventura de la educación. La carrera universitaria debería esperar, eso sí, hasta que recién en los albores del siglo XXI las universidades Del Pacífico y Arcis abrieran la carrera.

Sólo así se ha ido generando un mercado incipiente, donde aún es patente la carencia de historiadores, curadores, críticos y periodistas especializados que colaboren en la educación tanto

El problema de la escasa valoración social que ha sufrido la fotografía, se origina también en el uso que a ésta dan sus propios operarios, quienes no dudaron, muchas veces, en vender sus originales (parte de la memoria colectiva) “al por mayor”.

de un público “analfabeto” en términos de una visualidad y de un lenguaje autónomo como es la fotografía, como de los mismos fotógrafos, quienes han trabajado durante décadas, de manera autodidacta, autómatas y guiados más por la intuición, poco interesados en la reflexión teórica y, lo que es menos admisible, de manera dispersa y no sistematizada, sin generar el diálogo y el intercambio de opiniones sobre sus respectivas obras y las de sus pares.

La fotografía en Chile aún no es considerada una inversión y recién hoy comienza a venderse, más con fines decorativos, como precario objeto estético de consumo. El Fondo Nacional de las Artes (Fondart) ha facilitado el dinero para la recopilación de la obra de algunos autores fundamentales, como Álvaro Hoppe y, este año, al fin, Antonio Quintana. La idea de un Museo de la Fotografía, pese al lobby hecho en Bélgica por nuestro agregado cultural, el fotógrafo Luis Poirot, y a la visita del director del Museo de la Fotografía de Charleroi, Xavier Canonne, a Chile, parece diluirse en el aire. Estamos lejos, muy lejos, del mentado “boom”. Comenzando, apenas, a concebir la importancia de la escritura de una historia. **P**

(1) Kossov, Boris. Fotografía & historia. Atêlie Editorial, Sao Paulo, 2001.

(2) Donoso, Claudia. 16 años de fotografía en Chile; Memoria de un descontexto, artículo escrito para un número especial de Cuadernos Hispanoamericanos sobre la cultura chilena bajo el régimen militar. Madrid, 1990

